

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 335

Barcelona, 2 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

La conquista de Teruel demuestra que

nuestros hermanos de España están dispuestos a cumplir, magníficamente, hasta el fin, con su deber.

(Del artículo de Albert Bayet, "Después de la victoria de Teruel")

El ministro de Defensa Nacional saluda a los Ejércitos de tierra, mar y aire

El ministro de Defensa Nacional dirigió a media noche el siguiente telegrama circular a todos los jefes de grandes unidades:

«En los albores del año 1938 saludo efusivamente a los Ejércitos de tierra, mar y aire, que tan abnegadamente sirven al pueblo, del que son entraña viva; formulo votos por el triunfo de nuestra causa, cuya justicia resplandece ante el mundo entero, y dedico un recuerdo conmovido a los combatientes que sucumbieron en la pelea. Soldados, aviadores y marinos, ¡Salud y victoria!»

DESPUES DE LA VICTORIA DE TERUEL

La conquista de Teruel es un rotundo mérito a todos aquellos que, desde hace varias semanas, nos presentaban a la República española como reducida a la defensa y abocada a la derrota.

A todos nos contrastó esta campaña. Todos oímos decir a los hombres graves que se las daban de bien enterados: «Los republicanos están divididos... Su moral, decaída... El ejército no llega a organizarse... La victoria de Franco es segura...»

En vano, el mayor Attlee, Felipe Noël-Baker, el senador Morizet, Zyromski y Cudenet, oponían a esos juicios pesimistas lo que habían podido comprobar sobre el terreno. La gente «bien enterada» se sonreía y contestaba sencillamente: «ya veremos».

Pues bien, ya vemos: Vemos que los republicanos están en Teruel. Como es natural, otros «bien enterados» empiezan hoy a decirnos que se trata de un incidente sin importancia. Antes de ocho días se hablará seguramente de un «repliegue estratégico» realizado por orden del alto mando. Pero a esta nueva estupidez nos será suficiente oponer las declaraciones hechas hace cuatro días por el general Aranda: «Os aseguro que dentro de cuarenta y ocho horas todo estará concluido. De la amenaza sobre Teruel no quedará más que el recuerdo.»

Si el jefe rebelde se mostró tan seguro es porque Franco, deseando a toda costa salvar Teruel, intentó desesperadamente defender la ciudad. A pesar de este esfuerzo, a pesar del tremendo frío que dificultaba las operaciones, los republicanos vencieron. Esto prueba que la moral de nuestros hermanos de España es indomable y que su organización militar se perfecciona más cada día.

Nosotros los republicanos franceses, saludamos con emoción el gran ejemplo dado al mundo por estos

hombres heroicos, que después de diecisiete meses de una lucha atroz, conservan el mismo valor y la misma fe que el primer día. ¿Pero, basta saludar? ¿Basta admirar? Creemos que no.

Si los republicanos españoles están aún obligados a continuar la lucha, lucha magnífica pero atroz, es porque tienen frente a ellos un cuerpo expedicionario italiano y varios contingentes alemanes. Creíamos haber oído en Londres que estos italianos y alemanes saldrían de la península

«en breve plazo»; pero, sin embargo, continúan allí.

Están allí a pesar del derecho internacional y de los compromisos contraídos, y el mundo entero comprueba que el acuerdo sobre la retirada de los combatientes extranjeros se convierte en un engaño tan manifiesto como el de la no-intervención.

Con todos los republicanos de este país, con todos los que creen, como Herriot, que el Derecho no es una palabra vana y que el respeto a la palabra dada es la piedra angular

¿Qué nuevos crímenes amenazan al mundo? Goering anuncia para el año que empieza nuevas y grandes proezas

Berlín, 31.—En el mensaje que el general Goering ha dirigido al pueblo alemán con motivo de año nuevo, se dice en substancia:

«Durante el año que vamos a empezar deben realizarse nuevas y grandes proezas. El destino no permite que Alemania se duerma sobre los laureles. El lema de 1938 debe ser: todos en su puesto, animados de la voluntad de hacer posible lo imposible.» — Fabra.

de toda paz verdadera, pregunto: ¿qué esperamos para abrir la frontera de los Pirineos?

Otra cuestión se nos plantea hoy:

la del suministro de víveres. Todo el mundo sabe que, mientras los soldados españoles luchan heroicamente, los pueblos de la retaguardia sufren privaciones. Nadie comprendería que en unos momentos en que Italia, arruinada, encuentra sumas formidables para armar y abastecer a Franco, Francia se declarase imposibilitada para enviar víveres a un pueblo heroico.

La conquista de Teruel demuestra que nuestros hermanos de España están dispuestos a cumplir, magníficamente, hasta el fin, con su deber: a nosotros nos corresponde cumplir el nuestro y comprender que una política justa, humana y viril puede salvar, al mismo tiempo que a España, la libertad y la paz del mundo.

ALBERT BAYET

(«L'Œuvre», 24-XII-37.)

Los comunistas y el Papa

Hay que convenir en que las recientes frases del Papa al Cardenal Verdier se prestaron, en días pasados, a muy diversas interpretaciones.

Los mejores especialistas — dominicos, jesuitas, comunistas — perdieron en ello sus latines...

Una vez que Maurice Thorez ha tendido la mano a los católicos, ¿la aceptarán éstos o no?

Las opiniones son varias:

—¡Los comunistas están con nosotros! — proclamó en síntesis, en una carta a «L'Ordre», el Rev. P. Gorce; y éste es el propio pensamiento del Santo Padre.

—Olvida usted — le replicaron — la alocución de dicho Santo Padre a los nuevos prelados franceses: «Aceptemos, pues, la mano que nos tienden, pero para atraerlos a la doctrina de Cristo...» Un tema famoso, muy a propósito para el congreso comunista de Arles.

—Pero ustedes olvidan que el Papa dijo: «Una mano tendida no se rechaza nunca.»

—Con la condición de que la tiendan doblando la rodilla. Recuerde usted las últimas declaraciones sobre las ovejas descarriadas.

—Esta no es la manera de ver de los dominicos...

—La influencia de los dominicos no impidió en días pasados que el Cardenal Verdier hiciera el elogio de los rebeldes españoles. La Iglesia es fascista.

—Pero hoy no es ayer... Actualmente la Iglesia es antifascista.

En resumidas cuentas, la impresión general era que realmente hacían falta algunas aclaraciones. Y hélas aquí.

En su respuesta a las felicitaciones del Santo Colegio, el Papa acaba de elevar una protesta «solemne» contra la «persecución religiosa en Alemania». Y el Papa esta vez designa a Alemania. Y el Papa, esta vez, habla claro de persecución, brutalidad, violencia, falsedad y mentira... No cabe duda esta vez: todo va dirigido a Adolfo Hitler.

Ya no cabe el equívoco.

El Papa, hoy, no es fascista. Al contrario, es antifascista. Jacques Duclos tiene razón; el que está equivocado es el general Castelnau.

Después de todo, quién sabe si el Papa, siguiendo esta nueva «línea», tendrá la idea algún día cercano de dirigir al clero francés otras recomendaciones, revisadas y corregidas.

Confesemos que no serían superfluas.

Porque los jefes católicos de aquí — tradicionalmente adictos a los magnates del vino, en los campos, y a los patronos reaccionarios, en las ciudades — tendrán sin duda cierta dificultad para comprender desde un principio que Roma ha cambiado de manera de pensar y que ya no se trata, por lo menos hasta nueva orden, de encender cirios por el triunfo de Franco, Hitler y Mussolini...

André GUERIN

(«L'Ordre», 25-XII-1937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Franco, el "divino"

Un pequeño general y un gran traidor

El autor de este artículo, que oculta su personalidad bajo un pseudónimo, por temor a que los facciosos tomen represalias contra su familia, ha vivido quince meses en territorio rebelde, de donde hace poco consiguió evadirse y entrar en territorio de la República Española.

Muchas veces vi a Franco en Tenerife. Su mujer iba con frecuencia al Bar Alemán del Casino en compañía de otras señoras, y muchas veces él acudía más tarde y se sentaba con ellas. Aparte de lo que se decía de que Franco, desde Madrid, ayudó a dirigir la sangrienta represión de Asturias, en Tenerife se sabía muy poco acerca del hoy jefe del conglomerado fascista y clerical de la España negra. En aquella época sólo era «el nuevo general».

Franco se sentaba en la terraza con las señoras. Algunas veces le acompañaban algunos oficiales. El general hablaba poco, casi únicamente cuando se dirigían a él. Con su boca siempre entreabierta, como si no respirase bien por la nariz, su cara sin expresión, parecía indiferente a lo que pasaba a su alrededor; pero a cada momento miraba a un lado y a otro con recelo y desconfianza. Observando su semblante vacío, insensible, tan de cerca, no extrañaba que Franco tuviese fama de cruel y salvaje en los castigos que imponía a los legionarios en África.

También lo vi con su mujer en otros lugares, y todavía hoy no me explico por qué aquel «hombrecillo» atraía mi atención. Su aspecto frío y calculador despertaba en mí un sordo sentimiento de antipatía. Cuando estaba con su mujer, Franco daba la impresión de estar dominado por ella; pero observándolos atentamente se descubría que no era así. Entonces parecía como si ciertas características de la «naturaleza» de ella formaran parte integrante de la vida interna de él, de igual modo que ella se asimilaba rasgos del carácter de su esposo. Al verlos juntos, pensaba sin querer en M. y Mme. Vaugoubert, de la novela de Proust.

No era necesario ser un gran psicólogo para descubrir que el «insignificante generalillo» (como alguien lo calificó al poco tiempo de llegar Franco a Tenerife) no era «un gran talento». En seguida se notaba que el nuevo general era muy ambicioso, muy vanidoso y que desconfiaba de todo el mundo.

Los canarios tuvieron una prueba de su escasa inteligencia cuando pronunció el famoso discurso a bordo de un navío francés. Franco creyó, sin duda, que un discurso en francés causaría gran efecto. Empezó bastante bien: «Mesdames et Messieurs»; pero no pudo añadir más en el idioma de Voltaire (ahora lo tomará tal vez a gala), y tuvo que continuar en español. No dijo gran cosa tampoco. Dos o tres lugares comunes: que Francia y España habían tenido siempre relaciones muy amistosas, que él esperaba que esta amistad no se rompiera nunca, y poco más.

No llevaba Franco mucho tiempo en Tenerife cuando le asaltó el temor de morir asesinado. En todas partes creía ver gente conspirando contra su vida. Fué a exponer sus recelos al gobernador del Frente Popular. Le pidió protección. Vázquez Moro se mostró solícito y le proporcionó una escolta de policía. Más tarde, Franco pagó esta atención del gobernador mandándolo fusilar.

Pero el general no se sentía seguro sólo con la protección de la

policía. Quizás pensara que los agentes no eran lo bastante eficientes para guardar su vida. Quería tener garantizada su seguridad personal—o tal vez los reaccionarios que conspiraban con él deseaban que Franco estuviese bien custodiado—, aunque entonces ni siquiera sospechaba que les esperaba un puesto tan alto en la dirección de la España Azul. Franco escogió seis oficiales de toda su confianza para su escolta personal. En Tenerife los llamaron los «mosqueteros del general».

Cuando Franco salía de noche, tomaban precauciones exageradas contra los presuntos asesinos. Un oficial vestido de paisano lo esperaba en la puerta de la Comandancia. Otro se situaba en el centro de la Plaza de Weyler; otro, en la esquina de la calle de Fermín Galán; otros, en fin, tomaban las esquinas de Callao de Lima, y a medida que Franco pasaba, los oficiales tomaban las esquinas siguientes. Así cubrían la «carrera» hasta que llegaba al cine Royal Victoria.

En gran parte, estas precauciones exageradas se tomaban para producir una impresión, crear un ambiente. Ya estaba en todo su apogeo la campaña de calumnias que se había desencadenado contra el Gobierno del Frente Popular. La facción reaccionaria quería demostrar al pueblo que las «gentes de orden» eran objeto de precauciones y que sus vidas estaban en peligro. El futuro caudillo sabía bien que el pueblo, especialmente el pueblo trabajador, lo detestaba tanto como él detestaba al pueblo. Pero es lo cierto que ni las autoridades, ni los elementos del Frente Popular tomaron a Franco muy en serio hasta que sus provocaciones traspasaron todos los límites.

Quizás obedeciendo órdenes de sus aliados de la Península, cada vez que los periódicos izquierdistas de Madrid traían algo desagradable para la facción reaccionaria, Franco enviaba a sus «mosqueteros» a las librerías para recogerlos. Los diarios que sufrían con mayor frecuencia estas recogidas eran «Mundo Obrero», «Claridad» y «Política».

El primero de Mayo colocó ametralladoras en puntos estratégicos, en el Puerto de la Cruz y en la Comandancia de Santa Cruz, con la sana intención de disparar contra las manifestaciones obreras. Así lo hubiera hecho a no ser porque el regimiento de artillería «no respondió» y se negó a dar la dotación de municiones que pidieron de Infantería.

Franco no dejaba escapar ninguna ocasión para provocar a los obreros. Poco tiempo después, dió orden a la Comandancia de la Orotava de que no dejase pasar por el trozo de carretera donde estaba el cuartel a unos excursionistas de las Juventudes de Santa Cruz, que habían ido al interior. El comandante de la Orotava sacó a la calle a los soldados con bayoneta calada. Fueron disueltos los grupos y se dispararon algunos tiros contra los coches de los excursionistas. Pero la enérgica intervención de don Manuel González Pérez, alcalde de la Orotava, obligando al comandante a que retirase la tropa, evitó un día de sangre.

Como represalia por estas constantes provocaciones de Franco, unos muchachos arrojaron una noche tintos contra la pantalla del cine Royal Victoria, mientras se proyectaba una película en la cual aparecía el tercio con el general. Los oficiales del ejército y la facción reaccionaria pusieron el grito en el cielo. Exigieron a las autoridades que cogieran a los autores de este «ultraje» y los castigasen debidamente. «¿Es

que la gente de orden no puede ya vivir en paz?»

Este fué el acto de persecución más grave que se cometió contra el general Franco, aparte del acuerdo tomado por varios Ayuntamientos de Tenerife de pedir al Gobierno su destitución. Pero esto se hizo a última hora, cuando el militar perjuro estaba conspirando abiertamente contra el Estado y contra el pueblo. Por lo demás, nadie le molestó. Dejaronle tranquilidad absoluta para sus planes criminales.

Entonces era evidente que las aspiraciones del futuro «generalísimo» eran más modestas que hoy. Tampoco sentía a la sazón entusiasmos totalitarios. Franco se hubiera contentado con ser el primer general de España. Su vanidad no exigía entonces otra cosa sino que la nación lo reconociera así. Los hechos han demostrado que tampoco le importaba que ello ocurriese bajo la Monarquía o bajo la República. Lo importante era ser el «primer general de España».

Una vez lanzado por su ambición en persecución de un objetivo, Franco no es hombre que se detenga ante ningún escrúpulo. No vacilaría en hacer traición a su mejor amigo, ni en cometer el crimen más odioso, si ello fuese necesario para su medio. Aunque seguía conspirando con los hombres de las derechas, Franco desconfiaba de ellos. Si salieran triunfantes de la rebelión no le darían seguramente a él la jefatura de «lo que se instaurase». Se la darían a Sanjurjo, a Goded o a Fanjul. Por eso Franco empezó a conspirar por su propia cuenta.

Así escribió una carta al Presidente del Consejo, señor Casares Quiroga, «informándole» del descontento que existía entre la oficialidad por actos arbitrarios de los gobernantes de la República. Que se necesitaba un hombre de prestigio que influyera con los oficiales del ejército para apaciguar a los descontentos. El era ese hombre y se ofrecía al Gobierno del Frente Popular. Indicaba la conveniencia de que se trasladase a Madrid, y, de manera velada, pedía la jefatura suprema del ejército. ¿No era esto un intento de traición? Como su «desinteresado» ofrecimiento no fué aceptado, se volvió ferozmente contra la República.

Cuando tomó el mando de la rebelión en Marruecos, sus propósitos eran muy diferentes a los que le suponían los demás facciosos. Franco no tenía confianza en sus aliados, como no la tenía en nadie. Estaba dispuesto a no ser un simple instrumento de las derechas, sino a ser él mismo quien mandase.

Afortunadamente para la facción reaccionaria, la «jefatura» de que Franco proyectaba apoderarse por la fuerza, le vino a las manos sin esfuerzo alguno con la desaparición de Sanjurjo y de Goded. Los virajes caprichosos del destino colocaron a Franco a la cabeza del movimiento faccioso. Poseído ya de su papel, Franco se puso «lealmente» a disposición de las derechas españolas y de las potencias totalitarias. Y de la noche a la mañana se convirtió en fascista totalitario convencido.

Como la ambición y la vanidad ciegan al generalísimo, desde entonces no es sino un títere a merced de Italia y Alemania. Franco se proclamó primero «salvador de la República»; pero los fascistas extranjeros le dijeron que no, que él era el «salvador de España», y tomó el nuevo título. Después Hitler y Mussolini dispusieron nombrarlo salvador del mundo, de la cultura y del cristianismo, y así lo consideran los to-

Un piloto alemán, desertor

Dice que en un aeródromo militar cercano a Salamanca todos los pilotos son alemanes

París, 31.—La Agencia España recoge una información del «Daily Express», de Londres, cuyo reporter en Viena ha entrevistado a uno de los 26 pilotos alemanes desertores de la escuadrilla «Richthofen», de la base de Mannheim. El piloto ha declarado que estaba en la sección 334 de la escuadrilla «Richthofen» y que él y sus compañeros, en el mes de agosto, recibieron la orden de presentarse como voluntarios para España. «Salimos de Kiel en un barco mercante alemán, con 46 aviones y 200 hombres. Nos mandaron a un campo de aviación militar cerca de Salamanca. Hemos servido por espacio de dos meses, tomando parte en catorce combates aéreos, en los cuales hemos perdido seis aparatos y doce hombres. No había ningún aviador español en el referido campo, que era totalmente alemán. El 26 de octubre salimos de Alemania, y se nos concedió un permiso hasta el 1.º de diciembre, en que teníamos que volver a España.»

talitarios y algún que otro obispo.

La ambición desmedida de Franco y su vanidad le hacen adaptarse a todo. Seguramente se verá ya en sueños en el trono del Imperio Azul, con vastas posesiones, rodeado de gloria y de vasallos sumisos. Tanto arraigo tiene en él esta idea, que no le importa lo que Italia y Alemania tomen de España, ni que mueran asesinados miles y miles de hombres, mujeres y niños españoles. Lo interesante es que le hagan «jefe» de ese futuro Imperio.

En los círculos religiosos de Canarias se achacaba a la intervención divina la trágica desaparición de los generales Sanjurjo, Goded, Fanjul y después Mola. «¡Dios suele emplear unos procedimientos tan misteriosos e incomprensibles para manifestar su voluntad, que nunca se sabe...!» Quizá «se llevaba» a los otros generales porque destinaba a Franco para alguna misión divina en la tierra.

Tal vez el director espiritual de la señora de Franco le comunicó esta grata noticia, y ella en un momento de intimidad participó al salvador de todas aquellas cosas la divina misión de que había sido encargado. Al caudillo, juzgándose merecedor de todo, no le extrañaría que Dios, como dice un colega, se fijara en él.

La noticia de que Franco era el enviado especial del cielo en la tierra empezó a aparecer en la prensa, tí-

midamente al principio. Hallábase medio perdida entre la prosa de algún artículo lisonjero, de algún «fondo» pastoral de esos que los sacerdotes preparaban en las comandancias. (Todos los periódicos de la España rebelde están redactados en las comandancias.) Pero al ocurrir la muerte de Mola, la noticia se lanzó a los cuatro vientos. ¡Franco era el enviado especial de Dios! (Una especie de representante comercial como los que ahora se estilan.)

Los admiradores de Franco en Canarias decidieron que se debía hacer «algo muy grande» en honor del jefe. Todo era poco para el glorioso general. Alguien de imaginación despierta propuso un monumento sobre el Pico Teide, y en seguida se abrió la suscripción correspondiente (ya desde el principio del movimiento dieron muestra de especial habilidad en materia de suscripciones).

Consultado el caudillo, quedó encantado de la idea del monumento. Dió alientos a los comisionados para que la realizasen, y hasta les metió prisa, tal vez por un presentimiento divino de lo de Guadalupe y Teruel. Pidió que le erigieran una estatua grande, muy grande, y bien iluminada, para que pudiera verse desde muy lejos y sirviera de ejemplo a las generaciones futuras y de guía a la Cultura y a la Civilización.

A. SANTANA FRAGUERO

El veredicto del Papa

El mensaje de Navidad del Papa ha dejado sin respiración a los oradores del régimen hitleriano. Como siempre, las palabras del santo padre no han sido conocidas por el pueblo alemán. De este modo, los potentados de la camisa parda tienen tiempo para pensar la manera como darán la mala noticia a los «niños» bajo su tutela.

Pero no hay que apurarse, ya encontrarán en Berlín las palabras. Seguramente serán muchas y violentas. Enviarán a Roma diluvios de fango.

De todos modos, el asunto es har- to doloroso para los «nazis».

Ha hablado la más alta autoridad de la cristiandad, venerada por millones de creyentes de todos los países del mundo, pero, en esta ocasión, su punto de vista moral se sale del círculo de los católicos. Las palabras del Papa no han sido menos enérgicas que las expresadas antes por obispos y cardenales. En claros términos, dirigió su alocución, que fué difundida por la emisora del Vaticano, contra la actual Alemania, a la cual censuró concretamente por su crueldad y sus falsedades. La barbarie del sistema «nazi», demostrada en despiadada persecución contra la Iglesia católica y sus representantes y confirmada ahora por el Papa, es tan evidente, que los «nazis» no podrán desmentirla.

El golpe que las palabras condenatorias del Santo Padre han asestado al nacionalsocialismo será recibido en Berlín con tanta extrañeza como sorpresa causó el manifiesto sobre el comunismo. Precisamente en estas circunstancias es cuando la declaración papal tiene un doble significado, ya que la Iglesia está dispuesta a pactar con el comunismo si éste le da garantías.

Seguramente no hará disminuir la agitación en Berlín el que la voz del Papa se haya dirigido a Alemania desde el otro lado del «eje» Roma-Berlín. La hermana fascista demuestra tener menos poder del que se suponía en la capital alemana.

¡A la oposición de los Estados Unidos e Inglaterra, se une la sentencia del Vaticano, que pesa como un anatema!

La derrota de Franco y las dificultades con que tropiezan los japoneses ofrecen al régimen de Hitler un inquietante programa para el año nuevo.

GEORG BERNHARD

(«Pariser Tagerzeitung», 28-XII-37)

Llegada de heridos a San Sebastián

París, 30.—La Agencia España comunica de Hendaya que han llegado a San Sebastián 500 soldados, la mayor parte moros, heridos en el frente de Teruel. Gran parte de ellos tienen los pies helados.

NOTA INTERNACIONAL

Los reaccionarios franceses aliados de Franco

Degrelle, el jefe del fascismo belga, acaba de ser condenado a una fuerte multa por difamación. Hace poco, el líder de las Cruces de Fuego de Francia, coronel La Rocque, fué sentenciado igualmente por un tribunal francés acusado de idéntico delito.

Mosley, el inglés, fué también procesado por escándalo público. Es notable que todos los jefes de los partidos llamados autoritarios y de orden son perseguidos por la justicia nada revolucionaria y demagógica de los Estados burgueses.

Y es que el movimiento de las fuerzas totalitarias, inspirado en la violencia, carece de sentido moral, incluso en aquellos actos de política corriente que exigen honradez y buena fe.

¿Qué extrañeza puede, pues, producir que los reaccionarios franceses se pongan de acuerdo con los propios enemigos de su patria para perpetrar la guerra civil y con ella la debilitación de las defensas nacionales?

En el complot de los «cagoulards» se ha comprobado que había armas italianas y alemanas facilitadas a los conspiradores por los Estados fascistas a través de los agentes de Franco. Un «dortotista», Jeantet, a quien iba consignado el armamento, se encuentra a estas horas en Salamanca al lado de los consejeros de Franco. Algunos detenidos han dado toda clase de detalles acerca del contrabando de armas que se hacía desde España para preparar el golpe de Estado contra el Frente Popular de la República vecina. Los fusiles y ametralladoras de marca alemana, incautados por la policía, poco después de la detención del comandante Troncoso, habían llegado a Irún en un camión portugués. Fueron, pues, desembarcados en territorio lusitano y enviados a la España «nacional» que los hizo pasar por la frontera, previamente «camouflados».

Será ciego el que no vea la preparación metódica de una agresión a Francia por parte de sus enemigos tradicionales, que utilizan a sus afines de allende el Pirineo para desencadenar un ataque eficaz. Los fascistas franceses, ciegos por el odio a las izquierdas, se han convertido en instrumentos de Hitler y Mussolini, que al decidir su intervención en España han pensado principalmente

en asestar a Francia un golpe definitivo por la espalda. El comercio de armamento en los países fascistas no es libre; al contrario, el Estado controla la industria tan estrechamente que ninguna exportación de armas puede hacerse sin el consentimiento de las autoridades. Los mismos que abastecen a Franco de material modernísimo, sin resarcirse en divisas monetarias de tan importantes desembolsos, son los que azuzan y arman a las derechas francesas contra el gobierno democrático.

Basta escuchar a los locutores facciosos, que utilizan contra el Frente Popular francés los argumentos más soeces, para comprender que el enemigo no trata solamente de vencer la resistencia heroica de la República española, sino de tomar posiciones estratégicas contra la democracia francesa y dominar sus bases mediterráneas. Un cronista político recordaba estos días el despojo del Dodecaneso donde Italia, de un régimen provisional de ocupación pasó a una ocupación definitiva. El escritor aplicaba el precedente al caso de las Baleares, ocupadas también de momento por Italia con vistas a una acción más amplia en el mar que Mussolini denomina cínicamente «lago italiano». La amenaza se extiende a África donde italianos y alemanes se instalan secretamente para atacar en sus centros vitales a la Francia colonial. El gobierno francés lo sabe. Hace poco, Pierre Cot hizo ensombrecer el cielo de Túnez con un vuelo de grandes escuadrillas de bombardeo y cazas, que no sabemos si impresionaría a los agresores, pero que indudablemente les ha servido de advertencia.

Los republicanos españoles, que jamás hemos perdido la fe en Francia y consideramos a ese gran pueblo como el baluarte occidental de la libertad, respiramos satisfechos cada vez que el Frente Popular logra superar una dificultad o destruir un obstáculo creado por sus enemigos exteriores. Estamos convencidos de que en la victoria de la República española descansa la integridad de la democracia francesa. Con el aplastamiento de Franco, vasallo del fascismo italoalemán, se liquidarán también las fuerzas subversivas del filofascismo francés aliadas ahora a los facciosos españoles.

De la labor sanitaria realizada por el Gobierno de la República en estos últimos seis meses

SANATORIOS ANTITUBERCULOSOS

Uno de los motivos de mayor asombro que ofrece para el extranjero (y aun para muchísimos españoles) la actuación del Gobierno de la República, es la labor cultural renovadora que viene realizando en plena guerra, no sólo en su lucha contra el analfabetismo en el frente y en la retaguardia, sino también en la protección de nuestro tesoro artístico nacional, y en la intensificación de la actividad en los centros oficiales, intelectuales y científicos.

Otro motivo de asombro es su labor en pro de la infancia, de su enseñanza, de la protección de su vida, del fomento de su alegría.

Pero existen otros muchos motivos que son bastante menos conocidos que éstos, sin ser, sin embargo, menos dignos de llamar la atención del mundo: uno de ellos es el del perfeccionamiento sanitario.

¿Perfeccionamiento hemos dicho? ¡No! La sanidad en España no se ha perfeccionado; se ha «creado», se está «creando» ahora.

Después de muchos siglos de moribunda barbarie, que, en este sentido, no hacía nada (ni en los demás, tampoco), tuvimos cinco años de República en los que se hizo algo; luego, un año de guerra de invasión y de destrucción.

El resultado fué que en mayo de 1937, cuando el actual Gobierno tomó el poder, la situación de las instituciones sanitarias era lamentable, singularmente en cuanto se refiere a los problemas fundamentales que siempre fueron la pesadilla de la España tradicional:

La lucha antituberculosa, las enfermedades mentales, la mortalidad infantil.

Pues bien; todo ello había que resolverlo (por si parece exagerado decir que se ha resuelto, nos limitaremos a asegurar que ha entrado rápidamente en el camino de su resolución total), desde el instante mismo en que el Estado se dió cuenta de tres verdades trascendentes, o, mejor dicho, se decidió a aplicar estas tres verdades.

La primera es que «prevenir enfermedades es infinitamente más fácil y más económico que curarlas».

La segunda, que «el interés del Estado (que es el interés público) consiste en que todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños del pueblo permanezcan sanos».

Y la tercera, que este objetivo no se puede lograr hasta que «el Estado mismo se encargue de conseguirlo».

Ningún comentario puede dar idea de lo que, partiendo de esta base, ha realizado el Gobierno de la

República, de seis meses a esta parte. Nos contentaremos, por lo tanto, con ofrecer algunos datos que debemos a la complacencia del actual subsecretario de Sanidad.

LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

Todos sabemos lo que ha significado hasta ahora la tuberculosis en España.

Todos hemos tenido alguna vez ocasión de conocer el caso de algún desgraciado tuberculoso carente de recursos para curarse, en un establecimiento de pago, del mal que, la mayoría de las veces, era debido precisamente a la penuria económica y a las consabidas consecuencias de vivienda insalubre, trabajo agotador y alimentación deficiente.

Supongamos que el diagnóstico del médico fuera que la tuberculosis estaba en su comienzo y que podía curarse completamente con tal de que fuese atajada con rapidez; el enfermo se apresuraba a presentar una instancia de ingreso en algún sanatorio antituberculoso. Luego, ¡a esperar que le llegase el turno!

Pero era tal la escasez de camas, que este turno lo mismo podía llegar al cabo de varios meses... que de varios años.

El enfermo esperaba; pero la enfermedad, no; antes al contrario,

PLANES DE GUERRA Y RUMORES DE PAZ

El corresponsal del «Petit Parisien» en Shanghai anuncia planes de guerra y rumores de paz con respecto al conflicto chino-japonés.

«El ejército japonés se prepara a poner en práctica un plan de gran envergadura y confía en su triunfo a pesar de la inclemencia de la estación. Cuenta para ello con la débil resistencia que, según él, ofrecen los chinos desde la caída de Shanghai. Por noticias de los observadores americanos, llegados de Nankin, se sabe que la capital china no fué debidamente defendida... El Gobierno chino, instalado provisionalmente en Hankeu, continúa propugnando la formación de un nuevo ejército con ayuda de consejeros militares alemanes que siguieron en sus puestos, no obstante el pacto de Alemania con el Japón. Aunque se ha desmentido oficialmente varias veces, siguen circulando rumores de que el Gobierno chino piensa examinar las posibilidades de paz. Los representantes alemanes en Hankeu, que se esfuerzan por hacer el papel de mediadores, apremian a los chinos para que lleguen a un acuerdo con los nipones que dé fin al conflicto, porque piensan que de este modo podrán salvar los intereses que su país tiene en China.

Entre tanto, los japoneses, que verían con agrado una negociación con Chang-Kai-Shek, tratan de saber si el gobierno que éste preside seguirá siendo inflexible.

Se dispone a conquistar el ferrocarril chino al norte de Jangtze... Por lo que respecta a la actitud nipona ante las potencias extranjeras, será más osada cuanto más débil sea la oposición de esos países a sus provocaciones. Los japoneses tantean el terreno para medir el grado de resistencia que se les ofrece y sólo actuarán cuando tengan la completa seguridad de no correr ningún riesgo.

(«Parisien Tageszeitung», 28-XII-1937.)

avanzaba de día en día, y cuando por fin llegaba el «turno» ya era tarde; ya el mal no tenía cura y el enfermo sólo podía disfrutar de la «ventaja» de irse a morir, con toda comodidad, de un mal del que hubiese sanado si hubiera podido atajarlo a tiempo.

Tal fué siempre — grotesca y macabra farsa — el panorama de la lucha antituberculosa en España.

Y no podía menos de ser así, puesto que el número de camas dedicadas a tuberculosos pasaba apenas del millar, mientras que, con inútil insistencia, los médicos especialistas reclamaban ocho mil camas como mínimo para las necesidades del país. Al cabo de un año de guerra, aquel número insuficiente de camas se había aun reducido a causa de la destrucción, por bombardeo de los facciosos, de varios sanatorios (casualmente casi todos se hallaban en nuestra zona leal, repartidos entre el Guadarrama y la región alicantina) y las camas no pasaban, hace seis meses, del número irrisorio de ¡setecientos quince!

Como si esto fuera poco, todavía existían plazas de primera y de segunda categoría; todavía existía en los sanatorios antituberculosos una monstruosa desigualdad de trato, desigualdad monetaria ante el dolor físico y ante la enfermedad, ¡la más inhumana, mejor dicho, «anti-humana», de todas las desigualdades!

Se suprimieron estas diferencias y se establecieron tres turnos: uno de urgencia; otro normal y el tercero reservado para los enfermos de la provincia en que estuviera situado el establecimiento.

En realidad, puede decirse que hoy no existen ya «turnos»; se ha aumentado el número de camas en tal proporción que se da por primera vez el caso en España de existir plazas vacantes.

Hay provincias, como, por ejemplo, la de Castellón, que están, en este sentido, perfectamente dotadas.

En otras, se construyen o se acondicionan sanatorios con gran activi-

dad. Hoy tenemos en la España leal, sin contar a Cataluña, cuatro mil camas para tuberculosos, o sea, cuatro veces más de las que antes había en todo el territorio español.

Y se sigue trabajando para llegar a la cifra de siete mil camas.

Conviene añadir que se han retirado todas las plazas de tuberculosos del Hospital Nacional (antiguo del Rey) de Madrid, por haberlo dedicado exclusivamente a enfermedades infecciosas.

En cada capital de provincia se ha montado, o se edifica de nueva planta, un nuevo hospital similar a aquél, que, hasta ahora, fué el único de su género en España.

Esto sin contar las «colonias-escuelas» o «colonias de trabajo», dedicadas a niños y a adultos, especialmente antituberculosos, completamente nuevas en España, y cuyo número de camas pasa ya del millar.

Un nuevo propagandista de Franco

París, 30.—La propaganda franquista en Francia cuenta con un nuevo agente, que es el más divertido de todos. Se trata de Bertrand de Jouvenel, ex radical socialista que ha pasado a través de todos los partidos sin lograr que ninguno le tomara en serio, cayendo por último en el periódico de Doriot. Este señor es hijo de Henri de Jouvenel, forjador del pacto de las cuatro potencias cuando era embajador extraordinario de Francia en Roma.

Su mujer, muy enamorada de un lugarteniente de las milicias fascistas, fué quien le obligó a gestionar dicho pacto.

Ahora Bertrand de Jouvenel se encuentra en Zaragoza, desde donde escribe que «la ocupación de Teruel por las tropas gubernamentales es una mentira», agregando que él ha sido «testigo presencial desde lo alto de una montaña», y ha visto con sus propios ojos «cómo se retiraban las tropas republicanas».

Un corresponsal italiano que empieza a confesar la suerle de Teruel

Roma, 31.—El «Popolo d'Italia» de ayer publica una crónica de su corresponsal en el frente faccioso, Barzini, quien dice que la resistencia de Teruel está acabando. Los esfuerzos de la guarnición — dice el corresponsal — no han bastado. Las fuerzas que defendían las alturas del Mansueto se encontraron aisladas y derrotadas antes de poder retirarse a la ciudad. Al ceder la resistencia exterior, la parte baja de Teruel se ha visto asaltada por todas partes y por fuerzas muy numerosas.

Señores, Vdes. lo han querido...

Cuando las viejas democracias como Inglaterra y Francia se ven obligadas a armarse en gran escala, no cambian por ello de espíritu. Siguen siendo potencias pacíficas. Pero como son ricas y pueden armarse pronto y muy bien, los pueblos que hasta entonces las amenazaban se ponen a lanzar grandes gritos. Comprenden que esto ya no es juego. ¿Cómo? ¿Inglaterra y Francia no quieren dejarse despojar? Esto resulta escandaloso para los excelentes estados totalitarios...

¿Es esto mala fe? No. Virginio Gayda, en su último artículo del «Giornale d'Italia», no tiene mala fe; es simplemente víctima de su pasión política. Durante varios años ha estado diciendo al pueblo italiano que Francia e Inglaterra estaban podridas; y hoy le toca asistir a un doble renacimiento de la actividad guerrera, cuya amplitud le produce algo de vértigo, porque, en resumidas cuentas, para rearmarse hace falta dinero y entre Italia e Inglaterra puede haber, en el orden financiero — y soy modesto — una relación de uno a diez. Virginio Gayda se siente un poco ridículo; y entonces, él que hasta ahora daba puñetazos sobre la mesa, se declara bruscamente amenazado.

Gayda afirma y proclama que no existe bloque más pacífico que el germano-italo-japonés (la prueba la tenemos en la guerra china; esto no lo dice Virginio Gayda, sino yo). Y nuestro colega italiano agrega:

«Ello no obstante, las hostilidades que se coaligan contra los tres países no cesan un momento. Las declaraciones oficiales y el lenguaje de los periódicos de ambos mundos previenen todos los días a los pueblos jóvenes y fuertes diciéndoles que su vida está amenazada y que sus derechos siguen siendo combatidos.»

¿Cuáles son esos derechos? Virginio Gayda nos lo dice. Los estados totalitarios tienen derecho a la paridad de armamentos.

«No se ve por qué el Japón no deba armarse en la misma medida que los Estados Unidos, desde el momento que la distancia que separa los territorios japoneses de los territorios americanos es la misma que hay entre las costas japonesas y las costas americanas. Pero la oposición a la paridad de armamentos es una oposición a la paridad de derechos y de medios de posesión.»

La verdad es que Virginio Gayda está inquieto. El Japón es hoy pobre; los Estados Unidos, ricos.

Gracias a un rearme superior a sus medios, para el cual comprometió el 47 por 100 de su presupuesto, el Japón se arruinó tratando de figurar como potencia marítima muy superior a Francia; pero en el momento actual, mientras los Estados Unidos construyen cuatro acorazados e Inglaterra cinco, el Japón sólo construye dos. Esos caballeros, que hasta hoy pretendían dominar al mundo por medio de un bosque de bayonetas — la frase es de Mussolini —, saben de nuevo que las bayonetas cuestan caras, ven que sus enemigos les van a los alcances y enloquecen. Ya es tarde.

Por supuesto, uno comprende que Virginio Gayda no piense tanto en el Japón como en Italia. Italia no tiene veinte mil millones de presupuesto; no posee ni hulla, ni hierro, ni cobre, ni petróleo, ni fosfatos, ni potasa, ni algodón,

ni caucho. Tampoco posee oro. Su industria no pasa de mediana. Frente a colosales como los Estados Unidos o el Imperio Británico, no representa nada, hablando claro. Siendo esto así, ¿puede pretender competir en armamento con aquellos Estados? Volviendo a su presupuesto. ¿Qué son veinte mil millones al lado de nuestros cincuenta y seis mil? Es verdad que nosotros concedemos menos a nuestros armamentos que ella, pero si quisiéramos, no nos sería difícil sobrepasarla.

En materia de marina, es cuestión de construcción, es decir, de dinero.

En el dominio aéreo, necesitamos subir una larga y empinada cuesta, pero viendo con qué ardor la sube Inglaterra, Italia comprende que nosotros también podríamos hacerlo. Midiendo su error, grita entonces: «¡Que toda potencia de primer orden, rica o pobre, tenga de hoy en adelante los mismos medios de defensa...»

¿Es esto una broma? No, Italia no bromea.

No es la primera vez que Italia trata de jugar una mala pasada. Sin hablar de la conferencia de Washington, en la que cometimos el error de admitir el principio de la paridad, recordemos que sus representantes intentaron hacer aceptar por las grandes potencias el famoso principio con respecto a todos los armamentos, en la conferencia sobre el desarme; y esto porque ya entonces se daba Roma cuenta de que, a no ser que padecieran una ceguera absoluta los Estados democráticos, ella tenía perdida de antemano la partida por falta de dinero. La respuesta a esas proposiciones absurdas fué muy fácil: no se tomaron en cuenta.

El poder, en efecto, consiste en poseer, a la par que un régimen razonable, tradiciones políticas, virtudes militares, industria, comercio y dinero. Gayda lo sabe como no ignora que cada cual tiene sus propios intereses, sus di-

ficultades y su presupuesto, y toma el seguro de vida que las circunstancias o sus vecinos le imponen. Claro que ayer y aún hoy estaríamos encantados de la limitación de armamentos, pero no queremos que nos engañen y Gayda parece que pretende hacerlo.

Lástima que Italia haya llegado a esto y que esté persuadida de que el número de bayonetas y de cañones hace la grandeza de un pueblo. Contra ella, se levanta esta verdad evidente: las bayonetas y los cañones sólo sirven — y esto aún en cierta medida — para permitir a los pueblos el pacífico desarrollo en todos los dominios de sus dotes de invención y de aplicación.

Deseamos vivamente que Virginio Gayda pueda exponer esta tesis a sus compatriotas; pero no se atreverá a hacerlo. No les dirá la verdad. No tiene derecho a decirlo. Ni siquiera podrá repetir lo que decimos nosotros, que sí tenemos derecho a hablar. «La République» está considerada, en Italia, por esta razón, como peligrosa.

Sin embargo, nuestra tesis sería una buena lectura para todos los italianos, devorados hasta la médula por la idea de la superioridad romana. Averiguarían — esos italianos — que Francia, lo mismo que Inglaterra, con medios económicos más débiles, pero con el mismo ánimo, está decidida, ya que la obligan, a armarse de manera tal que no puedan atacarla sin correr mortales riesgos.

Francia hubiese querido, gustosa, construir la paz con otros medios, menos caros y peligrosos, pero ya que éste sólo parece hoy dar resultados, se propone emplearlo a fondo.

Pierre DOMINIQUE («La République», 29-XII-1937.)

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

El Ministerio de Economía y nuestro comercio exterior El Gobierno francés en atención a las circunstancias que atraviesa España, suspende la aplicación de las medidas restrictivas contra la entrada de naranja

Uno de los puntos capitales de las negociaciones comerciales hispano-francesas es desde 1933 la exportación de la naranja a granel con destino a los mercados de Francia. Como es sabido, Francia tiene en Argelia una zona productora que por hallarse a una distancia considerable de los centros consumidores, envía sus frutos en cajas y embalajes especiales. Para defender esa producción los Gobiernos de la vecina República exigían que todos los frutos extranjeros que entrasen en Francia fueran embalados, con lo que al aumentar el precio de los productos importados, no competían ventajosamente con los de procedencia colonial.

Se consiguió entonces que el propósito no se llevase a efecto, y España continuó exportando naranja a granel. El volumen de exportación en estas condiciones se aproxima normalmente a los diez mil vagones anuales. La suspensión de este tráfico suponía para nuestra zona levantina perjuicios muy considerables.

En 1935 nuevas negociaciones pu-

sieron a discusión el mismo problema, y otro tanto ocurrió en 1937. La tensión fué en aumento de unas negociaciones a otras, hasta el punto que conseguir que en el último arreglo complementario no figurase la cláusula relativa a la suspensión del tráfico de naranja a granel, fué labor ardua y extraordinariamente dificultosa. Sólo una consideración hizo que el Gobierno francés no se mantuviese firme con su propósito: lo excepcional de las circunstancias que atraviesa España, y el deseo de no acrecentar las dificultades con que tiene que luchar nuestro país. Teniéndolo en cuenta quedó en suspenso la aplicación de la medida.

En octubre apareció un Decreto del Gobierno francés en que se prohibía la entrada de naranja a granel. La intervención de la Oficina Comercial del Ministerio de Economía en París, logró que se aplazara la puesta en vigor del Decreto hasta primero de enero. Así, pues, a partir de esa fecha debía quedar interrumpido ese tipo de exportación.

El Subsecretario de Economía, se-

Por qué no quiso el Duce recibir al señor Van Zeeland

Toda la prensa alemana consagra sus páginas al discurso pronunciado el día 23 por el señor Motta, y se muestra unánime en alabarle y en interpretar sus palabras como el primer paso para la ruptura entre Suiza y la Sociedad de Naciones. «La Correspondencia Diplomática» hace observar que, después de la nota alemana, se esperaba la declaración del señor Motta. El periódico oficial desarrolla largamente la tesis que será repetida con devoción en Berlín probablemente durante meses: «Suiza es el modelo de los Estados de Centro-Europa, Estados que se componen de diversas nacionalidades y en los que éstas tienen Gobiernos autónomos».

A Berlín le produce igualmente regocijo un «memorandum» que Polonia ha enviado a la S. de N. para expresar su deseo de no verla al servicio de «políticos ideológicos» y subrayar el interés que tendría en que los más importantes artículos del Pacto fueran modificados de manera que en toda ocasión la S. de N. no pudiese correr el riesgo expuesto más arriba.

Berlín se regocija, por último, de la iniciativa tomada por Holanda, iniciativa que consiste en arrastrar a los Estados del grupo Oslo (es decir, Suecia, Noruega, Dinamarca y Bélgica) a que reconozcan el Imperio italiano. Esto aparece en Berlín como nueva conspiración contra la Sociedad de Naciones, conspiración que no es sino «una amenaza contra todas las probabilidades que existen actualmente de acercamiento de los pueblos».

En realidad, según nuestros informes, estas iniciativas de los países pequeños se remontan al mes de octubre, es decir, mucho antes de la salida de Italia de la S. de N., del discurso de Alemania, etc. Hoy, parece ser que estos pequeños países quisieran reducir al mínimo un gesto — que, hagámoslo notar de paso, disgusta a Noruega — al declarar que ellos quieren tener sólo representantes en Roma y no reconocer «de jure» la conquista italiana.

Hay simplemente negociaciones entre todos estos países para ponerse

de acuerdo sobre un texto de credenciales que podrían ser presentadas por todos estos futuros representantes de pequeñas naciones a Roma.

Lo que parece sorprendente es la actitud de Bélgica, que acaba de recibir un gran desaire de Italia por motivo de la visita de Van Zeeland a Roma.

Durante esta visita, Van Zeeland debía ser recibido por Mussolini, quien, a última hora, se excusó de hacerlo. Van Zeeland acababa de proponer un plan económico destinado a proveer de fondos a Italia y Alemania por medio del «Banco de los Países Internacionales».

El plan de Van Zeeland preveía, aun antes de poner en práctica el plan económico, la reunión de una especie de conferencia económica general, durante la cual Alemania e Italia deberían dar garantías a las demás potencias, a cambio del dinero que recibirían.

Era pedir una vez más a Alemania e Italia que rompieran con su autarquía y se sometieran a las grandes democracias. Por esto únicamente fué por lo que Mussolini no quiso recibir a Van Zeeland.

En cuanto al espíritu con que Bélgica, nuevo miembro de la Sociedad de Naciones, se dispone a asistir al Consejo de Ginebra, a primeros de enero, no puede ser del todo ortodoxo. En los círculos de la Sociedad de Naciones pretenden que la propaganda contra la Institución ginebrina es llevada con gran actividad a instigación de Italia y Alemania y los distintos centros belgas.

Para Italia, la jornada del 23 fué espléndida, porque de Londres y París llegaron dos pequeñas advertencias que prueban que el eje París-Londres tiende a manifestar actualmente cierto desafecto a Roma. Mientras en el Quai d'Orsay desgranaban para un importante puesto diplomático al señor Saint-Quentin, que fué nombrado embajador en Roma, en octubre de 1936, en la Cámara de los Comunes, Lord Cranborne, al referirse a la propaganda italiana contra Inglaterra, declaró: «El Gobierno británico no ha admitido nunca esta propaganda y continúa en el buen sentido del pueblo italiano no para que se la ponga término, pues de otro modo, tarde o temprano, el Gobierno británico tendría que recurrir a otras medidas...»

En realidad, por muy filosófica que sea, Mussolini debe pensar en la melancolía que su buena estrella ha palidecido. Desde algunas semanas no hay cancillerías que crean en el buen éxito de Italia, sobre todo en España. Las últimas noticias nos hacen saber que las tropas italianas aprovechan los menores motivos para reñir con los soldados de Francia.

En algunas aldeas españolas, los oficiales italianos no pueden ya entrar en los cafés, ni en los lugares públicos, sin ser silbados o molestados. Pero las cancillerías saben más de la situación interna de Italia. Saben que Mussolini se preocupa con ansiedad qué hará para llegar hasta el mes de mayo. Las materias primas faltan y las fábricas están paradas...

La propaganda gubernamental italiana aprovecha la ocasión para hacer creer a las grandes cancillerías que ha sonado la hora del gesto premo de un dictador que prefiere llevar a cabo una locura antes que hacer patente ante el mundo entero su incapacidad para continuar una política imperial que quiere ser grandiosa.

GENEVIEVE TABOLIN

(«L'Œuvre», 24-XII-37.)